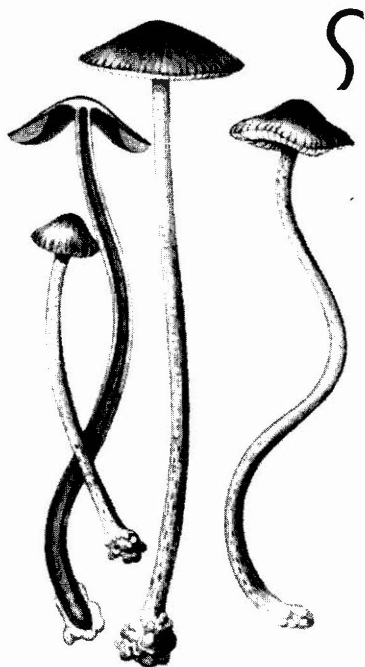


JAIME CARMONA P.
Psicólogo - Psicoanalista

ADICCIONES: LA DROGA NO ES LA SUSTANCIA

DE FREUD A LACAN



COPELANDIA
Bresadola
C. cyanescens
(Berk. & Br.) Singer
Coprinaceae
Zonas cálidas de ambos hemisferios

son pocos los pasajes en que Freud se refiere al tema de las adicciones. En el texto *El Malestar en la cultura* plantea que el ser humano solamente puede acceder al placer como fenómeno episódico, mientras que el displacer suele presentarse con un carácter más duradero. Propone que las tres fuentes del sufrimiento humano son la naturaleza, el propio cuerpo y los vínculos con los otros seres humanos.

Luego se pregunta por los métodos que emplean los seres humanos para alcanzar la dicha y evitar el sufrimiento, y dice: "Los métodos más interesantes de prever el sufrimiento son los que procuran influir sobre el propio organismo. Es que al fin todo sufrimiento es sólo sensación, no subsiste sino mientras lo sentimos, y sólo sentimos a consecuencia de ciertos dispositivos de nuestro organismo. El método más tosco, pero también más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación... No solo se les debe (a "las sustancias embriagadoras"), la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con los "quitapenas" es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio que ofrece mejores condiciones para la sensación. Es notorio que esta propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino..."

En un texto muy anterior, *Los orígenes del psicoanálisis*, relaciona la adicción y la masturbación. Dice: "He llegado a creer que la masturbación era la gran costumbre, la necesidad primitiva, que los demás apetitos como la necesidad de morfina, alcohol, tabaco, no son más que sustitutos, productos de reemplazo".

Lacan hace solamente una alusión directa al tema de las adicciones en abril de 1975, en la clausura de las jornadas de estudio de los carteles de la Escuela. Dice de manera lacónica y concluyente: "No hay otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con el pipí".

Esta sentencia de Lacan puede ser leída de dos maneras: una de ellas sería entender este planteamiento en el mismo sentido de la posición freudiana, es decir, la droga como un sucedáneo de la masturbación, como aquello que la sustituye y a la vez permite al sujeto divorciarse de ella.

La otra lectura posible, que propone Néstor Braunstein en *Goce*, sería entender ese "romper el casamento con el pipi" como la sustracción del orden fálico que intenta desesperadamente el adicto: liberarse de las presiones de la realidad a las que Freud hace referencia, eludir las demandas, las regulaciones, y las coacciones que el gran Otro de la cultura impone al sujeto en su búsqueda de alcanzar la dicha y escapar a la desgracia.

Este intento por refugiarse en el mundo propio, este recurso a los "quitapenas", no solamente pretende una exclusión violenta del campo del Otro (con mayúscula), sino también, y en el mismo movimiento, sustituir al otro (con minúscula) por un objeto sin caprichos, con el que no hay que conciliar deseos, ni hay lugar al malentendido, que no exige ni desengaño. En resumen, la consumación de la ilusión de una relación perfecta.

Freud comenta, no sin ironía, la relación del alcohólico con la bebida: "Prestemos oídos a las manifestaciones de nuestros grandes alcohólicos, Bröklin, por ejemplo, acerca de su relación con el vino: suena a la más pura armonía, el arquetipo de un matrimonio dichoso. ¿Por qué es tan diversa la relación del amante con su objeto sexual?"

Al adicto le resulta insoportable vivir en un mundo que contiene toda clase de objetos posibles, menos el objeto del deseo. Se rebela contra ese drama humano que constituye la falta de objeto, e intenta construir en torno a una sustancia psicoactiva, no tanto el objeto del deseo, sino más bien un deseo con objeto.

Así, lo que desencadena el proceso que culmina en la toxicomanía tiene que ver con el posicionamiento particular de un sujeto frente a su deseo o, más precisamente, frente a ese rasgo consustancial al mismo que es carecer de objeto.

"LA DROGA" NO ES LA SUSTANCIA

Lo específico del abordaje psicoanalítico de las adicciones radica en poner el acento en el carácter particular del discurso del adicto, en el vínculo que hace éste con su objeto y en la naturaleza particular de ese objeto que se ve obligado a construir para sostener su discurso. Para entender esto es necesario diferenciar entre "la droga" como objeto y una sustancia psicoactiva cualquiera. En torno a cualquier sustancia, o a varias de ellas, el adicto construye "la droga". Es decir, no hay que confundir la noción de objeto con la noción de mercancía. "La droga" como objeto (entendido en el sentido psicoanalítico de la palabra) es una construcción subjetiva que puede apuntarse en una sustancia.

En otras palabras, para que cualquier mercancía devenga objeto debe desobjetivarse. "El nacimiento mismo del deseo por acción del orden simbólico implica la constitución de un objeto que pierde su ser de objeto al perder sus propiedades naturales. Esta pérdida es pues la condición que el objeto debe cumplir para devenir objeto del deseo", señala Diana Rabinovich.

Clarificar esta diferencia permite empezar a trascender el abordaje fenomenológico que define la adicción a partir de los tipos de sustancias, la frecuencia del consumo y los cambios de conducta. Este replanteamiento del problema, ofrece, además, la posibilidad de pensar en un consumo no adictivo de sustancias psicoactivas, y tiene la ventaja de resituar la

adicción en relación con la psicopatología de la vida cotidiana.

Porque si lo determinante en la adicción como cuadro es la naturaleza del vínculo, y el objeto es una construcción que realiza el sujeto apuntado en los elementos que la realidad ofrece, podemos avanzar más allá del consumo de sustancias e interrogar lo adictivo que hay en el vínculo que hacen muchos sujetos con una institución, con una religión, con un fanatismo, o con un terapeuta.

Claude Olivenstein advierte sobre este riesgo en el trabajo terapéutico con adictos. Según él, puede operarse un cambio de objeto sin alterar la naturaleza del vínculo.

UN DESEO SIN OBJETO

Decíamos que el adicto intenta construir un deseo con objeto. Esa es la trampa de la adicción. Tratemos de pensar si es posible lo que el adicto pretende, es decir, a qué artificios debe recurrir en su intento y qué consecuencias le acarrea, porque estamos claros con Freud en que "lo único gratuito es la muerte".

El deseo no tiene objeto. Esta frase puede ser dicha para el sujeto deseante y para el adicto con dos acepciones radicalmente diversas.

Para el neurótico remite a la trashumancia del objeto de significante en significante, determinada por el carácter metonímico del deseo, a esa experiencia vivida por la mayoría consistente en conquistar lo que más deseamos y descubrir, a momento seguido, que estamos deseando más otra cosa (más... y otra cosa).

Eso es a lo que Freud se refiere en el pasaje que mencionamos al comienzo, en el que nos advierte que la felicidad es escurridiza. Para el adicto la frase: "el deseo no tiene objeto", remite a la decepción que le produce comprobar lo anterior, y toma el sesgo de impugnar el sentido que tiene vivir como deseante. Y efectivamente, al

pretender construir un deseo con objeto, lo que hace el adicto es impugnar el deseo mismo, porque lo más específico del deseo es justamente su condición itinerante por los significantes, sosteniendo la falta de objeto que es correlativa a la falta de ser en el sujeto.

Volvamos a la pregunta: ¿mediante qué artilugio logra el adicto producir esa apariencia de sostener un deseo con objeto? Vamos más lejos, ¿qué es un deseo con objeto? No es otra cosa que una necesidad. Ese es el comienzo del drama del drogadicto, porque a fuerza de manipular el cuerpo mediante sustancias, buscando refugiarse en las condiciones más favorables para la sensación que ofrece el mundo interior, a las que Freud se refiere, su deseo se retrotrae a la lógica de la necesidad, en un proceso diametralmente inverso al que acontece en la constitución del sujeto. Como sabemos por Freud, el deseo como deseo sexual aparece inicialmente ligado a las necesidades de autoconservación y posteriormente se desliga de ellas.

En el caso de la drogadicción observamos un proceso inverso: el deseo queda subsumido en la lógica de la necesidad. "La droga" se convierte en el objeto de una pseudonecesidad que, al igual que la sed, no admite postergaciones ni sustitutos, se convierte en un producto de primera necesidad.

En este sentido es interesante hacer notar que la etimología de la palabra adicción remite justamente a lo que no puede faltar.

La lógica de la necesidad se diferencia de la lógica del deseo por el lugar que la falta ocupa en cada una de ellas.

La necesidad tiene objeto, por ejemplo, la sed se sacia con bebidas. En esa ecuación nada falta, a menos que sea atravesada por la lógica del deseo. O, por decirlo así, lo que falta es la falta. Esa es la diferencia esencial de la lógica del deseo, porque en

la relación del sujeto con el objeto siempre hay un residuo que es la falta.

En la adicción, al retrotraerse el deseo a la lógica de la necesidad, el sujeto queda ante la falta de la falta. Llegamos así a una fórmula imposible, ¿es factible en términos lógicos hablar de la falta de la falta?, ¿es pensable en términos psicoanalíticos un sujeto sin falta? La respuesta a ambas preguntas es no.

Esa es la trampa, el abismo hacia la que se precipita el adicto, el precio del artificio: al pretender escamotear la falta lo que se juega es su condición de sujeto. En la relación del cuerpo con la sustancia química, el producto es el goce y el residuo el sujeto. Esto ocurre de la manera más rotunda en el toxicómano crónico, en el cual, como señala Braunstein, "el cuerpo está sin-dicción, es asiento de un goce sin sujeto, fuera del discurso, rechazante del vínculo social".

Pero también puede acontecer de un modo dramático, aunque menos notorio, en otros sujetos, como lo señala el mismo Braunstein en el texto mencionado. La impotencia en el alcohólico masculino es así una prueba de que no puede cumplir su función fálica, no puede embestir fálicamente a la mujer para desearla, el sujeto está por fuera de la función fálica, más acá del deseo. "La alcohólica, por su parte se niega a recibir esa significación fálica; su cuerpo no es ya objeto de investiduras narcisísticas, es algo que se da, algo sin valor que cualquiera puede tomar o dejar, la promiscuidad de uno tiene el mismo sentido que la impotencia del otro."

Hablar de la clínica psicoanalítica es hablar de amor, de transferencia, no hay amor sino de transferencia. No solamente porque toda palabra a la deriva termina hablando de amor, sino porque el amor es el resorte fundamental de la cura. Preguntarse por las posibilidades de que un adicto pueda articularse en un dispositivo analítico es preguntarse, antes que por la relación de la adicción

con su estructura —de la que hablaremos más adelante— por su disposición para amar.

LA ILUSIÓN

Una breve reflexión sobre el tema de la ilusión puede aportar elementos para pensar el problema del amor en las adicciones.

La ilusión es lo que separa la fantasía del acto, y lo que hace posible la experiencia de temporalidad en el sujeto. Es merced a la ilusión que el sujeto puede apuntalarse en un pasado mítico y disparar el arco de su fantasía hacia un futuro hipotético, ilusionado en alcanzar un imposible: reencontrarse con el objeto perdido, recapturar el goce del que fue sustraído por obra de la castración que lo inscribió como sujeto del significantes. Ahora, como señala Carlos Mario González, "si bien es cierto que el objeto nunca será alcanzado también lo es que el despliegue en pos de él deja como rédito el camino y el obrar que hace una vida, lo cual por modesta que sea, puede ser una creación original llena de sentido".

Esto último puede parecer a un adicto una broma infantil. Estamos ante un desilusionado, el más escéptico de los personajes que pasan por el proscenio psicoanalítico, que deriva las consecuencias más fatalistas del hecho que constata Octavio Paz en su reciente libro *La llama doble*: "todos los amores son desdichados porque están hechos de tiempo, todos son el nudo frágil de dos criaturas temporales que saben que van a morir"

El adicto no se hace ilusiones, es quizás el que más en serio se toma la imposibilidad de la relación sexual, por ello no la apuesta su vida al amor como, pese a todo, lo hace el neurótico.

Es conocida la proposición de Lacan según la cual "el amor es dar lo que no se tiene...", amar es dar la castración, es ofrecer al otro la falta en goce. Para amar es menester sopor-

tar la falta. Y si la estrategia en la que se articula "la droga" se orienta precisamente a escamotear la falta, el adicto se encuentra en un impasse serio para hacer vínculos amorosos.

Por ello, frente a aquellos casos en los que aparezca como factor dominante, todo terapeuta debe mantener como una herramienta esencial la pregunta permanente por la naturaleza del vínculo que el paciente hace con él, para evitar que tras la apariencia de un tratamiento se esconda lo que Jacques Alain Miller llama una "terapeuticomanía" —para emparentarla con la toxicomanía—, peligro al que ya aludimos anteriormente.

¿Cuál es la relación entre el vínculo adictivo y el vínculo amoroso? ¿pueden coexistir independientes en el sujeto? ¿o son estructuralmente excluyentes? ¿cómo se produce la mudanza de uno al otro, si es que esto puede ocurrir?... Son preguntas que este artículo no está en condiciones de responder y cuyas respuestas son cruciales para pensar una posible clínica de las adicciones.

ESTRUCTURA E IDENTIFICACION

Como ya vimos, el consumo de sustancias psicoactivas y la adicción no son necesariamente la misma cosa. El consumo de sustancias psicoactivas puede aparecer en un neurótico, en un psicótico o en un perverso como una conducta entramada en la estructura, y presente como un elemento del discurso, es decir, con la manera en que el sujeto se vincula socialmente.

Veamos tres ejemplos que nos propone Ernesto Sinatra "Utilizar la droga prohibida puede ser el modo que encuentre en la ocasión un sujeto histérico para denunciar los semblantes del amo moderno, encarnado en cierta figura de autoridad; también podrá ser el modo que un sujeto perverso instrumentalice para hacer gozar al

Otro, aún pagando el precio de una golpiza casi mortal; o bien el modo elegido por el sujeto psicótico para incluirse en el lazo social que constituye el discurso del amo, para ser nombrado desde allí y atemperar de ese modo su desanudamiento".

De acuerdo con esto, el destino de un consumo sintomático de sustancias psicoactivas en la cura analítica, con el de cualquier otra conducta o síntoma, dependerá de cuál sea la estructura y el lugar que esta ocupe como elemento en dicha estructura.

Independientemente de cuál sea la estructura y el lugar que ocupe en la misma, si la adicción aparece en el primer plano del cuadro clínico, el primer factor a considerar en la dirección de la cura es la identificación del sujeto al significante "adicto".

Dicha identificación, en la medida que tiende a agotar la significación del sujeto, intenta sostenerse como el único significante que representa al sujeto para los demás significantes.

Tal identificación se convierte en un baluarte que impide al sujeto confrontarse con la pregunta por su condición de ser en falta... por su falta de ser. Por ello Miller señala que "la posibilidad de análisis pasa por el esfuerzo de deshacer la identificación bruta al "yo soy toxicómano". En consecuencia, desde el punto de vista de la experiencia analítica, todo lo que refuerce esa identificación está contraindicado, es menester que aparezca en el sujeto no como necesaria sino como contingente".

Las adicciones representan para la clínica de este fin de siglo un desafío similar al que representaba la histeria para la clínica del siglo XIX.

Antes de Freud se ensayaban para la histeria explicaciones que iban desde la demonología y lesiones cerebrales invisibles, hasta la teatralidad deliberada. Se proponían toda clase de métodos para curarlas: casas de reposo, electroterapia y sales de bromuro, el matrimonio...

Así mismo, para las adicciones actualmente las explicaciones van desde la dependencia orgánica que generan las sustancias, pasando por las relaciones familiares y la "pérdida de valores", hasta explicaciones de corte ecológico que ponen el acento en la influencia del ambiente. Igualmente se intentan métodos aversivos, condicionamiento operante, quimioterapia, terapia individual, grupal y familiar, terapias religiosas... por mencionar algunas.

Esta gran diversidad de tratamientos es una señal clara de que la clínica actual está lejos de descifrar el gran enigma que le presentan las adicciones.

El psicoanálisis es uno de los grandes interpelados por esta problemática del fin del milenio. Algunas de las preguntas que puede orientar la investigación en torno a esta problemática pueden ser las siguientes: ¿qué circunstancias particulares de la cultura y su malestar hacen que justamente en este fin de milenio, en los corazones de las grandes urbes, crezca en progresión geométrica el número de sujetos que optan por sustraerse de este modo brutal al intercambio simbólico, a la demanda del gran Otro cultural? ¿Qué del proyecto cultural de nuestra época está siendo impugnado en acto por millones de sujetos en el mundo, que acuden a este recurso que está en el mismo orden de respuesta que el suicidio? ¿Es la adicción solamente un recurso desesperado del sujeto aislado? ¿Hay poderosos factores adictivos consustanciales a la lógica de la sociedad de consumo? Y si esto es así, ¿la proliferación actual de adictos no será una nueva clase de residuo, más siniestra aún que los residuos nucleares, en una cultura que se ha caracterizado por la producción de desechos y ha hecho del humano un objeto desechable?...Ψ

BIBLIOGRAFIA

- Braunstein, N. (1990) *Goce*. México: Siglo veintiuno Editores, pp. 195-207.
- Freud, S. *El malestar en la cultura*. En: (1979) *Obras completas T. XXI*, Buenos Aires: Amorrortu de. pp. 76.
- Freud, S. *Los orígenes del psicoanálisis*, O.C.T.I.
- Freud, S. *Sobre la mas generalizada degradación de la vida amorosa*. O.C.T. XI. pp. 182.
- González, C. (1993) *Mujeres apasionadas del decimonónico*. Medellín: Informe de Investigación para el CINDEC Univ. Nacional.
- Miller, J. y otros (1993) *Sujeto goce y modernidad*. Buenos aires: Atuel.
- Olivenstein, C. (1977) *No hay drogados felices*. Ediciones hebraica.
- Paz, Octavio (1994) *La llama doble*. México: Editorial Joaquín Mortis.
- Rabinovich, D. (1988) *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Manatíal. pp. 102.
- Vera, Eduardo (1988) *Droga, Psicoanálisis y toxicomanía*. Buenos Aires: Paidós.